

Lorenzo G. Acebedo
LA SANTA COMPAÑA

colección andanzas



Obras de Lorenzo G. Acebedo
en Tusquets Editores

La taberna de Silos

La Santa Compañía

LORENZO G. ACEBEDO
LA SANTA COMPAÑA

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: junio de 2024

© Lorenzo G. Acebedo, 2024

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-493-3
Depósito legal: B. 8.413-2024
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

<i>Pórtico. Primer día.</i> El vuelo del botafumeiro	13
<i>Doce días antes de partir.</i> Motivos para jugar	29
<i>Segundo día.</i> Botines de gamuza azul	48
<i>Segundo día (parte II).</i> La cuadrilla de Palencia	66
<i>Tercer día.</i> El canto de los capones	98
<i>Tercer día (parte II).</i> El gran teatro del mundo	114
<i>Cuarto día.</i> ¡Salve, autor!	150
<i>Quinto día.</i> Las freilas liberatas	176
<i>Sexto día.</i> Crímenes, confesiones y comuniones	205
<i>Una semana en el convento.</i> La dulce vida contemplativa	227
<i>Penúltimo día.</i> El regreso del fantasma	256
<i>Último día.</i> Visita al castillo	277
<i>Coda.</i> La venganza del rey Sandio	291

PÓRTICO. PRIMER DÍA
El vuelo del botafumeiro

No tengo mala opinión del miedo. Junto al freno de la vergüenza y a los dictámenes de la razón, el miedo me ha salvado a menudo del peligro, que, en contra de lo que me habían dicho tantas veces de joven, no viene de la astucia del demonio, sino de la ignorancia de los hombres o de lo contrario, de su exceso de curiosidad.

Era domingo, año de jubileo, y yo acababa de llegar a Santiago de Compostela sin miedo alguno, pero con el cuerpo bastante molido tras un trayecto de doce jornadas en el interior de un carruaje. No veía el momento de apearme cuando el coche por fin se detuvo frente a la portada de la catedral en obras, en una plaza copada por los puestos de obradores de piedra que trabajaban en la remodelación del edificio, junto a tenduchos de vendedores que pregonaban sus mercancías: estrellas de Salomón para los partos, reliquias de mártir, huesos de santo, redomas de agua milagrosa, higas para el mal de ojo, remedios contra la peste y pedazos de la santa cruz. Escuchando a los variados contadores de milagros, había ciegos, mudos, impedidos, endemoniados y leprosos llegados a Santiago por el aliento de la esperanza de su curación.

La catedral se alzaba majestuosa, pero herida por los picos de las grúas, sobre la muchedumbre. Había oído alabar

el pórtico que se divisaba al final de la escalinata, pero aquella era la primera vez que lo veía. Su exceso de colorido era sobrecogedor: la nueva arquitectura goda de la que hablaba todo el mundo; una belleza empeñada en el aplauso de los hombres.

Me dirigí hacia la escalinata, pero tan embebido estaba en la contemplación de aquella grandeza que no me di cuenta de dónde pisaba hasta que mi pie se posó en un formidable cagajón de perro reciente y mantecoso. El accidente me contrarió. Estrenaba yo entonces un par de zapatos de piel vuelta de antílope, que había encargado un año antes a un maestro zapatero de Arnedo (en donde hay dos que compiten en excelencia). No resultaron nada baratos, pero el material era de primera calidad, y me irritó verlos tan sucios.

Mientras me limpiaba en el canto de los escalones, le pregunté a un vendedor de cuernos de unicornio y cintas de la Virgen María para lucir en la muñeca —una usanza que venía de Milán— quién cantaba misa aquel domingo. La respuesta me la esperaba, pero quería estar seguro.

—El ilustrísimo arzobispo Juan Arias. Hoy hay misa mayor en el altar del apóstol.

Juan y yo habíamos sido compañeros en el Estudio General de Palencia y grandes amigos, alentados por un sueño semejante de triunfo que solo había realizado él, pese a su austeridad y falta de ambición, o quizá gracias a ella. Yo, en cambio, más soñador pero también más perezoso, me había quedado en poetastro.

Hasta los buhoneros lo conocían: Juan Arias, arzobispo de Santiago. Gallinato, como lo llamábamos en la cuadrilla. Su familia era de las antiguas de Galicia, y dos años antes de volver a verlo, un tío suyo había destacado junto al rey Fernando III en la toma de Sevilla, haciendo famosa la enseña

de los Gallinato: una gallina con las alas abiertas y desparramada que los ciegos cantores mostraban en las viñetas de sus grandes pergaminos ilustrados.

Una multitud se agolpaba frente a la puerta principal, fascinada por la narración que relataban las figuras del tímpano. Aunque labradas y tintadas sobre la piedra, con esas cuidadas anatomías que los ropajes no esconden, con esos rostros de pómulos hinchados, ojos abultados, gruesos labios y cabelleras de mechones ondulados, incitan a una piedad concupiscente.

Muchos peregrinos caían de hinojos implorando perdón en sus algarabías tras alzar la vista y ver por primera vez el rostro del santo. Los más fervorosos intentaban encaramarse a la basa de la columna y, una vez allí, de puntillas, rozar con la yema de los dedos los pies de Santiago.

Un teutón rubio, desnudo de cintura para arriba, de luegas barbas y cuerpo fibroso, había logrado encaramarse por la columna hasta el lugar en el que Santiago muestra a los recién llegados el pergamino labrado en piedra con la inscripción: ME ENVIÓ EL SEÑOR. Una vez allí, jaleado por un grupo de bretones, el teutón apoyó el pie negro de roña en el báculo del apóstol y se levantó hasta el capitel en que se relatan las tentaciones de Cristo. Quería alcanzar el dintel y llegar hasta la figura de un pantocrátor con capa de intenso añil y corona de oro, pero las fuerzas le fallaron y fue resbalándose árbol de David abajo hasta llegar al suelo ante la decepción general.

A mi alrededor, estorbando el paso, los peregrinos se contaban unos a otros los lances sufridos por el camino. Los que no podían hablar yacían postrados a un costado de la catedral, extenuados o enfermos, atendidos por sacerdotes y beatas que iban de un lado a otro ofreciendo agua o alimento.

En el interior de la catedral, iluminado por los cirios de

los peregrinos con una claridad extraña, el bullicio era aún mayor.

Al fondo, el botafumeiro (que es como llaman en Santiago al incensario, y que tiene la particularidad ahí de ser móvil) se balanceaba a enorme velocidad de un extremo a otro del transepto, intentando impregnar el aire de su aroma a hierbas olorosas. Pero lo cierto es que apenas conseguía atenuar el potente hedor a caminante que predominaba: una mezcla nauseabunda de sudor, orines y pus. He visitado mercados de ganado que invitaban más al recogimiento y olían mejor.

Como pude, me fui abriendo paso por la nave central entre bulliciosos italianos que cantaban salmos al son de cítaras y caramillos, y piadosos galos que lloraban sus pecados acompañados del cálido sonido de sus liras... Y casi me doy de bruces con un clérigo, cuyo rostro de pobladas cejas y rasgos tan sencillos que parecían haber sido esculpidos con cuatro golpes de cincel reconocí de inmediato: el deán de Santiago, Fernando Alfonso de León, hermanastro del rey Fernando III, quizá el hombre más frugal que he conocido en mi vida.

—Gonzalo —me dijo, muy extrañado—. ¿Qué hacéis vos aquí?

No me apetecía revelarle las razones muy poco religiosas que me habían llevado a Santiago, así que le di un fuerte abrazo.

—Pero ¿adónde vais? ¿No concelebráis la misa mayor? —le pregunté a mi vez.

—No..., no he podido ni vestirme, ha surgido una urgencia —me dijo, extrañamente apurado—. ¿Venís a mi casa mañana? Preguntad y os dirán, os espero a la hora que queráis. ¡Con Dios!

Y se fue apresurado peleando con los peregrinos para conseguir salir.

¡Fernando el Moro!, me dije. La nostalgia se apoderó de mí viéndole marcharse. En el Estudio General de Palencia le llamábamos así por su madre, la Maura, una famosa cortesana de origen mauritano, y amante del rey —éramos crueles como niños, aunque a él le daba igual: estaba orgulloso de su madre—. Como bastardo, Fernando no había tenido más remedio que tomar los hábitos, y había aceptado ese destino con la misma alegría infantil con la que hubiera celebrado el cargo de emperador.

Su máxima aspiración, expresada mil veces en nuestras conversaciones nocturnas, era no tener nada, salvo el hábito remendado de estudiante que parecía seguir conservando, vestido como iba de cura pobre.

Y pese a su humildad había alcanzado el puesto de segundo en aquel cabildo. El año anterior me había llegado la noticia, y lo imaginé resistiéndose al cargo. Cuando, siendo todavía novicios, su familia le enviaba cajas con fruta, camisas, frazadas y ropa de abrigo, Fernando repartía todo entre los estudiantes que menos tenían.

Antes de empezar los estudios se había retirado durante dos años a vivir en una cueva para que su cuerpo se acostumbrara a la pobreza. En cierta ocasión, al encontrarse a una ermitaña desnuda en el bosque («la mujer más bella del orbe», decía al contarle), le había ofrecido su manto para que se cubriera y poder así escuchar sus enseñanzas sin distracción, siguiendo el ejemplo del santo Zósimo de Palestina —a quien veneraba— cuando se encontró con la anciana santa María Egipcíaca.

A duras penas conseguí llegar al borde del transepto, por donde circulaba dando bandazos cada vez mayores el botafumeiro, impulsado por varios de los que allí llaman *tiraboleiros*, y me coloqué cerca del coro y casi frente al altar mayor, entre un grupo de bretones que leía salmos con fervor.

Las notas de un órgano acallaron solemnes el bullicio de aquella torre de Babel. Volví la vista hacia el lugar del que provenía la música y pude ver a una mujer velada, vestida de negro, que, moviendo todo su cuerpo en un suave vaivén, accionaba las teclas de un órgano de grandes fuelles, cuyo soplo impulsaban dos monaguillos con caras de holgazanes. Me sorprendió que se permitiera tocar a una mujer en la catedral, aunque lo cierto es que era una organista excelsa.

Al otro lado de la nave transversal, vi entonces a mi querido Gallinato, el arzobispo Juan Arias, saliendo de la sacristía enfundado en una rica casulla de color rojo y adornos dorados, para dirigirse, acompañado de sus acólitos, hacia el altar mayor.

La catedral enmudeció.

Unas voces angelicales que en un primer momento me parecieron femeninas entonaron una antifona que todos reconocimos. Miré al coro. Niños en primera fila y, detrás de ellos, hombres grandes, de calvas relucientes y gruesos como bueyes, cantaban en potente falsete. Jamás había oído un canto coral de igual belleza:

Sanan pronto los enfermos en la tumba de san Iago:
cojos se alzan, ciegos miran, se libra el endemoniado,
rezos fieles se recogen y es el triste consolado.

El gigantesco incensario cruzaba como una exhalación a un palmo de mis narices, y en cada pasada levantaba un golpe de aire que me alcanzaba el rostro. En aquel lugar el olor de las resinas era más intenso y empezaron a picarme los ojos.

Allí llega de otros climas el gentío atropellado,
con sus bárbaras ofrendas al Señor tan alabado.
¡Aleluya!

Ante el altar, en torno al arzobispo, los más importantes miembros del cabildo asistían hieráticos y solemnes a la ceremonia. Yo escrutaba uno a uno sus rostros con la esperanza de reconocer a alguno de mis viejos camaradas oculto bajo la máscara de la edad...

La cuadrilla de Palencia, nos hacíamos llamar. En aquel tiempo, siendo todavía novicios, bromeábamos con la idea de que uno de nosotros llegaría a Roma. Nos unía entonces un mismo empeño: la Iglesia necesitaba reformas urgentes, y éramos nosotros los llamados a realizarlas. «Renovación en la tradición» era nuestra divisa secreta. ¡Cuántas discusiones al calor de la lumbre y del vino! ¡Cuántos propósitos, sueños, afanes!

Luego nos separamos, o mejor dicho: yo me separé de ellos, y aunque durante algún tiempo nos cruzamos correspondencia, las cartas fueron espaciándose hasta desaparecer.

¿No era Simón el arcediano quien estaba sentado el primero a la izquierda de Gallinato? ¡Ay, el rubio Simón había perdido todo el pelo! Lo que conservaba todavía era esa expresión de hombre inocente que le proporcionaban sus enormes ojos pardos y sus largas pestañas, algo femeninas. En las representaciones teatrales que hacíamos en Palencia, a Simón le asignábamos siempre papeles de mujer. Algunas veces, su acendrado sentido de la justicia nos irritaba, pero lo cierto es que Simón solo era estricto consigo mismo. Con el prójimo siempre se mostraba indulgente. Su tendencia a perdonar cualquier afrenta nos resultaba igual de irritante.

Prestaba atención al canto llano, que discurría ahora sin sobresaltos, cuando súbitamente apareció una amplificación vertical que desdobló la melodía: por un lado, podía oírse una voz que discurría por una quinta inferior, y por otro, una voz infantil en una cuarta superior. Ambas a la misma velocidad, nota contra nota, punto contra punto.

Al artífice de este ornamento, que dirigía con parsimonia el canto, también lo reconocí. Parecía un herrero, pero era un músico sublime: Serafín el chantre, cuyo cuerpo, grande, basto y peludo como el de un oso, contradecía su extremada delicadeza y sensibilidad para la música.

En los buenos tiempos Serafín presumía de que a los doce años ya tenía la necesidad de afeitarse dos veces al día, y el talento para componer una música, no siempre sacra, que en nuestra época nos hacía danzar como faunos borrachos. Tocaba cualquier instrumento de cuerda, viento o percusión.

Pero nunca fue un artista feliz. Al contrario. Todos sabíamos de su profunda desdicha aunque no todos la razón. Desde niño supo que el don de su voz lo ponía en contacto con la música de las esferas celestes. Hasta que de la noche a la mañana se le resquebrajó como cáscara de huevo, quebrándose en chirridos inesperados y carrasperas pertinaces, que concluyeron en su voz ronca, que detestaba, aunque fuera mucho más acorde a su corpachón. Lo sacaron del coro de la catedral de Valencia de inmediato. Así fue su fracaso.

¿Y yo qué?, me pregunté instalado al borde del coro. ¿Qué había hecho yo con mi vida? Yo era el único que había renunciado a la misión tantas veces planeada entre vapores de vino de trabajar desde dentro de la Iglesia para reformarla y acercarla al verdadero espíritu de Cristo. Me perdió la diversión, el ruido del mundo, la poesía. Cuando decidí dedicarme en cuerpo y alma a juntar sílabas, la soberbia hizo que me sintiera superior a ellos. Durante algún tiempo me consideré un elegido, y a ellos un atajo de hombres oscuros sin talento. El tiempo, como siempre sucede, nos puso a cada uno en nuestro lugar: a ellos al frente del cabildo de la catedral de la metrópoli de Santiago, con poder suficiente

para culminar la empresa a la que se habían consagrado, y a mí, sin embargo, allí de viajero, mirándolos de reojo, con la mordedura de la envidia royéndome la nuez.

Pero lo cierto es que, más que envidioso, me encontraba ligeramente mareado y confuso. Pensé que algo tenía que ver en la desazón y el desconcierto que empezaba a sentir la proximidad del botafumeiro, que seguía expeliendo vapores en su incesante vaivén.

Entonces vi caminar por delante de la primera fila de fieles que contenía el empuje del resto a un hombre que tanteaba el suelo con un bastón. Y justo cuando pasaba ante mí, a dos palmos de distancia, volvió de pronto en mi dirección los ojos...

No, no, no.

No me miraba un par de ojos sino de cuencas vacías y oscuras que parecían querer envolverme en sus tinieblas. Pertenecían a un anciano babeante que se detuvo y, señalándome con un dedo acusador, como si pudiera verme, me gritó en una jergonza incomprensible:

—Íuqa sov siécáh senójoc Euq oécreb ed oláznog se is otsírc rop!

Aquella espantosa visión intensificó la angustia que había empezado a sentir. Y seguía gritándome en su lenguaje diabólico:

—Oriémufatob esé ne odítem nárbah saitsóh Euq!

Pensé que sería mejor alejarme de los vapores tóxicos del botafumeiro, que me hacían respirar agitadamente, pero ni siquiera pude girarme para hacerme un hueco en el grupo de sudorosos peregrinos que murmuraban entre sí en una lengua eslava y se habían colocado a mi espalda, empujándome una y otra vez contra el cordón que delimitaba el espacio de los fieles. Notaba un mareo intenso, como si mi alma quisiera desdoblarse. ¿Me estaría muriendo? No: aquella humare-

da me había contaminado. Lo más prudente era no agobiarse y esperar a que la ceremonia terminara, concentrándome en el canto gregoriano.

Haz un esfuerzo sobrehumano para atar tu pensamiento, me dije.

—Estoy escuchando —pronuncié con cuidado, en voz alta— una composición a tres voces, que consta de una frase musical para los siete versos de cada estrofa y un estribillo repetido al final de las estrofas. Eso escucho.

Podía sentir en mis labios la densidad de aquellas sílabas. Podía medir de manera exacta el tiempo musical, a cuatro voces, a cinco, a seis... ¿O era yo el que cantaba? Nunca había oído un ornato como ese. Si cerraba los ojos veía el movimiento constante de todos los tonos, que flotaban en el aire como pompas de agua y grasa de cerdo, de las que hacen los niños. Sentí que la reverberación del canto se expandía por todo mi ser creando una conexión profunda con la esencia espiritual de la catedral.

Y entonces noté que levitaba, que ascendía hasta los vitrales más altos, cuyos colores se intensificaron y se expandieron formando un espectro de luces que danzaba sobre los peregrinos. Las voces de los niños se transformaron en rocas diamantinas a las que podía trepar. Las grafías musicales eran ondas visuales que serpenteaban entrelazadas con el humo del incienso formando patrones hipnóticos en el aire, mensajes en clave, figuras diabólicas que dialogaban entre sí. Desde las alturas vi cómo las formas arquitectónicas cobraban vida: los arcos y las columnas respiraban con pulmones esponjosos y cambiaban caprichosamente de forma y de lugar al compás de la música. Sentí que yo era un arco de crucería. Sentí que mis brazos y piernas sujetaban la cubierta de la catedral y la bóveda celeste con sus esferas de giro incesante.

Entendía todas las lenguas que se hablaban a mi alrededor. A mi derecha un peregrino chipriota se convirtió en monja. Un poco más allá vi a un campesino francés y quise acercarme a él para besarlo y danzar amarrado a su cuerpo como si fuéramos humo de incienso, notación neumática, luz de vitral... Noté que la frontera entre mi cuerpo y mi alma, entre la música y la arquitectura, se desdibujaba. Y comprendí que todo eso, junto, constituía la sustancia de Dios.

Una sucesión de gritos me sacó de aquel embeleco. O eso creía yo:

—*Mrekulli!*

—*Wunder!*

—*Miracolo!*

—*Miracle!*

—*Milagre!*

—*Milagriño!*

La reja de la cripta donde estaba enterrado Santiago, en el transepto, al otro costado del altar mayor, se había abierto, y de su interior salía el cuerpo incorrupto del apóstol para espanto de todos los que estábamos allí. El arzobispo Juan Arias, mi querido Gallinato, se hincó de hinojos. Al verlo, todos lo imitamos. Aunque yo sabía que el santo había sido decapitado, no me extrañó que saliera de la tumba con la cabeza sobre los hombros. Tenía ese rostro cobrizo y terroso característico de los cadáveres incorruptos. Sus ojos, de un azul oscuro, intenso como el que anuncia la tormenta, fulguraban. Era muy alto y desgarbado, casi un gigante, y caminaba con andares espaciosos y patizambos torpemente, como un títere a punto de descoyuntarse.

El apóstol cruzó el transepto, ajeno a las idas y venidas del botafumeiro, que, pasando a su lado como una exhala-

ción, parecía respetar el ritmo de su marcha. Una vez frente al coro, hizo una seña y le indicó a Simón que se acercara a él. Aterrorizado, el arcediano de grandes ojos y enormes pestañas se llegó a su lado temblando y se postró con la cabeza inclinada.

¿Premiaría el santo la bondad infinita de aquel hombre justo?

Santiago se inclinó hacia él y le habló al oído, quise creer que con dulzura. Simón asentía, asentía, asentía. Y cuando dejó de asentir, se puso en pie y se dirigió con determinación hacia el crucero, el punto por donde el botafumeiro pasaba casi a ras del suelo a la velocidad de rayo.

Entonces Simón se arrodilló en su trayectoria, y alzando los brazos y la cabeza a los cielos empezó a cantar henchido de gozo.

El incensario, que había alcanzado su máxima altura en el extremo de la puerta de Platerías, inició su descenso. Simón lo miró de frente y sin corregir su posición lo recibió con los brazos abiertos en señal de bienvenida. Quise pensar que Simón se abrazaría al botafumeiro y subiría con él mientras el armatoste continuaba su recorrido, y que, en ese breve instante de inmovilidad previo al retorno, Simón se soltaría para caer de pie en el suelo, sano y salvo, con los ojos bien abiertos y enmarcados por sus pestañas femeninas.

Pero no fue así.

El desgarrado grito de terror proferido al unísono por mil gargantas apenas pudo ahogar el sonido del brutal testarazo que le reventó la cabeza. El pobre Simón salió proyectado en parábola como un pelele, para estamparse, ya cadáver, contra el suelo.

Me pareció que se había hecho de noche y que todos los cirios que iluminaban la catedral con claridad solar se habían apagado. Vi espantado el mar subiendo hasta las nubes, sobre las sierras y los collados, y vi toda la fauna marina nadando en la arena del desierto entre alaridos monstruosos de aves y bestias. Vi arder mares y ríos, y vi a los peregrinos correr despavoridos hacia el altar mayor, la única zona de la catedral despejada. Cruzaban el transepto con cuidado, esquivando el paso del botafumeiro que manaba sangre sobre todos nosotros. La catedral se derrumbaba con gran estruendo. Quienes podían se refugiaban en las naves laterales. Otros se arracimaban, temblando de terror, en las pequeñas capillas absidiales. Los más ligeros consiguieron encaramarse por las columnas hasta alcanzar el segundo piso, por cuya tribuna corrían aterrados sin dirección. Los escombros volaban sobre nuestras cabezas, chocando entre sí con fuertes golpes que los desmenuzaban y convertían en sal. Vi al teutón barbudo tirado en el suelo gritando de terror mientras se aplanaban las montañas y los oteros.

Y en medio de aquel aturdimiento, como me sucede tantas veces, me vino de improviso un alejandrino que con esfuerzo supremo retuve en la memoria:

serán de los collados los valles compañeros.

Entonces vi abrirse las sepulturas de la catedral y salir de las paredes y de las espantosas tumbas una legión de cuerpos incorruptos que formaba una extraña procesión de encapuchados vestidos con hábitos bermejos. Llevaban cirios encendidos y una enseña con la divisa «*Parce sepulto*»: «Perdona al sepultado».

—*¡A Santa Compañía! ¡A Santa Compañía!*—gritaban a su paso los últimos peregrinos, que se tiraban al suelo para fingirse dormidos o muertos.

Aquella siniestra procesión empujaba un ataúd con ruedas del que emergió el muerto envuelto en un sudario blanco. Pero el muerto no estaba muerto; el muerto estaba enfermo y el enfermo era yo.

Vi grandes llamas volar por el aire y vi caer las estrellas como caen los higos de las higueras. Todo ardía a mi alrededor: el oro, la plata, los baldaquinos, las púrpuras, las lujosas sedas y las vistosas escarlatas.

—¿Un poco de agua, fráter?

Abrí los ojos. No sabía cuánto tiempo había estado así, de rodillas, paralizado, incapaz de distinguir lo que pasaba a mi alrededor de cuanto ocurría solo en mi interior. La catedral se encontraba ahora completamente vacía, envuelta en tinieblas y en un silencio absoluto. Sentí una sed honda. Frente a mí, como adivinándolo, una aguadora, cuya mirada profunda y visigótica refulgía en un rostro no del todo armónico, me ofrecía un cazo, que rechacé porque ni siquiera en casos extremos soy tan imprudente como para aceptar otra agua que no sea la bendita.

No, no era bella esa mujer aguadora: de corta estatura y algo gibosa, tenía la piel tostada de las campesinas. Pero algo en ella me atraía sin remedio. Seguí con la mirada sus andares zambos hasta que abandonó la catedral.

La curiosidad, espoleada por la concupiscencia, me hizo seguirla. Desde el portón principal sentí en el rostro la brisa fresca del mar lejano. La vi al pie de la doble escalinata dejando en el suelo la cántara de agua que llevaba en bandolera. Aquella plaza, que hacía solo unas horas —aunque no sabría decir cuántas— bullía de actividad, estaba ahora desierta, con los puestos de los canteros y mercachifles abandonados, como si toda la humanidad hubiera perecido y aquella aguadora y yo fuéramos los únicos habitantes de una ciudad fantasma.

Entonces se dio la vuelta y de nuevo sus ojos azules, godos o góticos, o visigóticos, me atravesaron el alma. Descendí las escaleras y caminé tras ella por calles espectrales hasta salir de la ciudad. «¡Por allí, Gonzalo, por allí se ha ido!», me decían con mirada burlona los guardias que defendían la barbacana de entrada en la puerta que llaman de San Francisco.

Crucé la muralla sin preocuparme del inminente cierre de puertas que me impediría el regreso y la vi descender por un sendero que se alejaba de Santiago adentrándose en un terreno pantanoso y arbolado. Bajo el vestido debía de calzar unos extraños zapatos cosidos sobre grandes plataformas que dejaban curiosas huellas cubiertas de agua de inmediato. Recuerdo que temí que los charcos echaran a perder para siempre mis estupendos zapatos de gamuza.

Incapaz de regresarme, continué tras ella en silencio, resignado a perderme de noche en aquellos pantanos. Al cabo de un tiempo llegamos a un robledal, en cuyo centro un curioso jardín, casi un vergel, pero cuidado a la pulgada por manos delicadas, rodeaba lo que parecía ser una iglesia en ruinas. ¿Dónde vivía esta mujer, por el amor de Dios?

Bordeamos un crucero de piedra que se conservaba intacto en medio de tanta ruina, y entramos en lo que a todas luces eran los antiguos establos del lugar. Allí me esperaba ella con sus ojos clavados en mí. Me acerqué, se alzó las faldas y me di cuenta de que iba descalza y de que sus pies, que yo había imaginado como dos delicadas miniaturas, eran en realidad pezuñas de yegua. Desde lo más íntimo de su cuerpo se desprendió una pluma. Y descubrí que no era gibosa: su manto, con el que parecía disimular el bulto de la espalda, ocultaba en realidad las alas del demonio.

Aterrorizado, eché a correr maldiciendo mi lujuria. Notaba en el cogote el aliento de la Bestia, y oía en mis orejas sus

graznidos de harpía. Corrí y corrí y corrí y no me detuve ni fui capaz de mirar atrás hasta que milagrosamente alcancé la gran cruz de piedra. Me abracé desesperado a su fuste. Con temblores de terror me despojé de mi bordón como pude y me até a ella.

Entonces sentí detrás un suave aleteo, un abrazo tenso que me rodeaba por la espalda y unos labios posándoseme fríos y tenebrosos en el cuello.

Cerré los ojos arrepintiéndome de mis pecados, más que de ninguno de aquel último, y me encomendé a Nuestra Señora.